

da por la suerte, sino por falta de energía, por complacencia en el mal, la pobre criatura glorificada en una de las novelas más conocidas de esta escuela, se rebaja al nivel de los seres más inferiores. ¡Y por qué no! Tiene confianza en su naturaleza; está segura de que en el infecto pantano de todas las abominaciones á que puede entregarse, el santuario más secreto de su alma permanecerá puro é intachable. <sup>(1)</sup>

¿Cómo asombrarse entonces de que un espíritu excéntrico como Jorje Sand se apodere del asunto, predicando <sup>(2)</sup> que el honor y la virtud exigen que se prescindiera de los prejuicios de bien y de mal? Las exigencias artificiales ó brutales más bien de la moral exterior son un ataque injusto contra todo lo que nos dicta la verdadera naturaleza. Practicar la virtud únicamente por consideraciones á la costumbre, sería la misma debilidad que si alguien no tuviese el valor de confesar públicamente el vicio á que en secreto se entrega; sólo un alma cobarde se somete á la opinión pública. ¿No es cobardía y egoísmo practicar la virtud ó querer ocultar sus faltas, porque parece exigirlo así el carácter general de los espíritus? La única verdadera fortaleza de alma consiste en pasar por sobre la opinión pública, si se tiene bastante vigor para hacerlo. <sup>(3)</sup> Tales son los consejos que una dama da á su hermana en *Lélia*; y con todo eso se cree tan pura y tan íntegra, está convencida tan firmemente de haber conquistado los derechos de la naturaleza humana, que cuando la voz de la reprobación pública, que tan profundamente parece despreciar, la recrimina y arroja fuera de la sociedad, pregunta á Dios, en una blasfemia pidiendo venganza al cielo, cómo ha podido tan injustamente jugar aquella mala partida á su inocencia. Nadie ha sido, exclama, ni más calumniada ni más ofendida que yo; pero nadie tampoco podría asirse tan fuertemente á la esperanza en la justicia divina y á la convic-

(1) J. Schmidt, II, 475.

(2) *Ibid.*, II, 521.

(3) Sand, *Lélia*, 35.

ción de su propia inocencia. ¡Por qué, pues, Dios me deja ser tan desgraciada! ¡Dios mío! En tanto que vuestra Providencia se ocupa en la más pequeña yerba del campo dejáis morir á fuego lento una inocente. <sup>(1)</sup>

El mundo confesará, así lo esperamos, que son sinceras estas palabras; y decimos el mundo, pues ¿qué razón había para ser injustos con esta desgraciada? ¿Sería tal vez peor que otros para dirigirle amargos reproches? ¿No dijo lo mismo que tantas celebridades literarias repiten en todos los tonos? Para todos ellos la vida no es otra cosa que una lucha del corazón desdichado, pero bueno, contra el austero deber; la inclinación infructuosa contra el honor inexorable; en una palabra de la naturaleza pura contra la violencia irracional de la ley, de la costumbre, y sin duda alguna también de la conciencia. La querida naturaleza hace lo que no puede evitar, y obrando así ningún presentimiento tiene del pecado; ni siquiera sospecha alguna maquinación. <sup>(2)</sup>

De ahí proviene en nuestra literatura la eterna excusa basada en los llamados derechos del hombre, las adulaciones del corazón y de la naturaleza; solo tenemos Lamartines ante nosotros. Ninguno tiene que reprochar á la naturaleza; de creerles, el corazón humano es siempre bueno, el mal sólo se encuentra en las circunstancias exteriores, que lejos de hacer al pobre corazón malo, no hacen más que sumirle en la aflicción. Novelistas delicados y demagogos groseros luchan en rivalidad para halagar, acariciar, y adular á la excelente naturaleza. La malicia, dicen, es simplemente una enfermedad producida por la educación, una injusticia social, una usurpación de leyes autorizadas y de costumbres crueles contra el santuario de la naturaleza. ¡Afortunadamente el mal no puede perjudicar á la pureza del corazón! <sup>(3)</sup> Y cuando el hombre sufre una caída es en él un accidente, no una falta; porque el pecador es

(1) Sand, *Lettres de voyages; Lélia*, 28.

(2) Wolf, Menzel, *Deutsche Dichtung*, III, 106 y sig., 112 y sig.

(3) *Ibid.*, II, 99.



un hombre, y un hombre maltratado bastante digno de lástima aún sin eso. ¿Quién podría censurarle, quién le castigaría? <sup>(1)</sup> Al mundo más bien debe acusarse, á las circunstancias exteriores que pueden hacer mala y pecadora á la buena y noble naturaleza debe castigarse, pero ni una palabra contra la naturaleza! Así hablaban los antiguos liberales; así hablan los modernos socialistas seductores de los pueblos.

**5. Todos los hombres sin excepción están corrompidos en su interior.**—Nos hemos detenido algo en estas demostraciones, y hemos entrado en muchos detalles; pero, como frecuentemente hemos dicho, es necesario acostumbrarnos á estudiar el espíritu moderno en sus fuentes, lo mismo que en las manifestaciones de la civilización antigua, sin lo cual esta anguila se nos escurriría constantemente de las manos.

Ahora bien, si ya sabemos la razón porque se canoniza la naturaleza con tanta solemnidad, y si conocemos la intención última que presidió á todo esto, comprendemos también los motivos alegados para alcanzar el fin que se proponen. Por eso decimos á quien quiera oírlo: cuantas más razones se nos dan para probar que la naturaleza no es mala, menos lo creemos, menos convencidos estamos de que se toman en serio. Lo que se pretende es garantizarse á sí mismo, con todas las malas inclinaciones, detrás de esa llamada naturaleza inocente; glorificando la naturaleza no se tiene más intención que obtener un salvoconducto para sus propias pasiones.

El mundo, verdad es, preconiza la santidad de la naturaleza, pero no cree en ella: nadie se engaña. ¿Por qué arrojar toda falta sobre el tiempo, las circunstancias, y los que nos rodean? ¿Es que por ventura éstos no tienen también una naturaleza semejante á la nuestra? Claro se ve, pues, que con aquellos elogios á la naturaleza sólo se quiere absolverse personalmente de la falta, pero no absolver la naturaleza humana en general. Esto es injusto:

(1) Sintenis, *Halles glücklicher Abend*, 1783, Menzel, III, 154.

Ó el mal no existe, ó es general y sin excepción. Ó el mal no se encuentra en ninguna parte, ó una participación de la falta recae en nosotros y en nuestra naturaleza.

Y bien; ¿quién negará que el mal abunda donde quiera que dirigimos nuestras miradas? ¿Qué sufrimiento para el sabio, para el hombre cuya naturaleza es más delicada y la pureza moral mayor que en los demás, estar expuesto á ser el blanco de la negra malicia y la grosería? Y, cuestión de la mayor importancia; ¿qué sufrimiento aun sin que el prójimo tenga la intención de dañarles! No se debe condenar por gusto, pero aun tratando á los mejores, se verán bien pronto cumplidas las palabras de Freidank: «Cualquiera reconoce la ortiga en cuanto la toca». <sup>(1)</sup>

¿Qué decir entonces cuando se tropieza con hombres que tienen positivamente la intención de dañar! Cualquiera que sea la benignidad del juicio emitido por el poeta indio, se lamenta sin embargo en los términos siguientes: «Hay nobles corazones que mueren por los otros y que renuncian á su propia ventaja; hay gentes vulgares que de nadie se ocupan, en tanto que no empiezan por poner en lugar seguro su bien; hombres diabólicos que perturban la felicidad de los demás por su propio provecho. Pero no sé cómo calificar á los que turban sin motivo la paz de los demás». <sup>(2)</sup>

No insistamos demasiado en este punto, porque la contemplación del mal que en los demás encontramos nos agría contra ellos y nos hace olvidar lo que somos nosotros mismos; pero esto no basta para decir á cada uno que es una escepción de la corrupción general. Sería en efecto difícil de comprender cómo el hombre, á consecuencia del mal que comprueba en sí mismo, tiene tiempo aún para pensar en el mal ajeno, si uno de los signos esenciales de su propia miseria no consistiese en ser malo sin inquietarse mucho por ello; pero este olvido de sí mismo, esta expansión hacia fuera, la ligereza con que desconocemos

(1) Freidank, 135, 14 y sig.

(2) Bartrihari (Ernst Meier, *Morgenländ Anthologie*, 102).



nuestras propias faltas, la dureza con que condenamos las debilidades ajenas, la facilidad de la caída, la obstinación en la excusa, la falta de sinceridad en la confesión, la insuficiencia del arrepentimiento, el temor de evitar el peligro, el miedo de mejorarse, las recaídas sin fin; he ahí lo que debemos considerar para tener la imagen de nuestra miseria.

¡Qué poco basta para hacernos caer! La vana esperanza de un pequeño favor, el vano temor de una mirada malévol, de un juicio desdeñoso, una mirada, el crugir la seda de un vestido, un solo encuentro, una palabra, una lisonja astuta, un retrato, un vaso lleno, unos naipes mugrientos, unos dados, un frívolo adorno, el brillo de una cinta! ¡Qué venal es el hombre! ¡Qué cobarde é indolente es! ¡Cuán inconstante y ocioso! ¿Y será esta la verdadera naturaleza?... Si á lo menos este ó el otro fuese una excepción, y pudiese decir que esta descripción de la debilidad humana no debía serle con razón aplicada! Pero de hecho, jamás ha refutado nadie con sus actos las palabras del antiguo orador: «Todos tenemos mucha mayor propensión á cometer el pecado que á obrar bien». (1) Vanamente la humanidad, en tanto que la gracia de Cristo no la fortifique con una nueva fuerza más elevada, esperará el salvador, que desmentirá la palabra del poeta pagano: «No intentaré buscar lo que no puede existir, ni perderé parte de mi vida en la esperanza estéril de encontrar un hombre sin tacha entre tantos como existimos, como vivimos de lo que produce la fecunda tierra; si le encuentro, os lo diré». (2)

¿Ó deberemos creer que eso se aplica únicamente á los malvados que encuentran su goce en el pecado? Pero precisamente los que admiten esta opinión son los últimos en entender su sentido, porque, dice San Agustín, para comprender la verdad de la corrupción de la naturaleza hay que luchar seriamente contra las pasiones. (3) Por eso, cosa

(1) Isocrates, 5, 35.

(2) Simonides en Platón, *Protágoras*, 31, p. 345, c.

(3) Agustín, *Sermo*, 128, 10.

extraña, casi los únicos que creen en ella son los que tienen el corazón más puro; ellos son los que sienten con mayor amargura que á menudo sucede algo humano aún á quien lucha valerosamente, aún á quien sabe enseñorearse de sus pasiones. (1) ¡Estraña contradicción! Los malos se proclaman santos, y los más malos se canonizan. Á personas que viven, por el contrario, exentas de pecados propiamente dichos, á justos, á los santos mismos que afirmasen no tener defectos, nadie los creería. Pero no es tal su pretensión; (2) el justo cae siete veces, dice la Escritura, pero se levanta. (3) El hombre mejor, dicen Platón y Jenofonte, es unas veces malo, otras bueno. (4) No es la modestia lo que impide á los mejores decir que están sin pecado, sino la verdad y el temor de engañarse á sí mismos. (5)

**6. La mala tendencia que se encuentra en cada hombre es independiente de su voluntad; existe ya por naturaleza.**—La cuestión ahora es saber de dónde proviene el mal que en nosotros encontramos y qué debemos confesar, si somos sinceros. Hemos visto que no se ha dicho la última palabra cuando echamos la culpa á los que nos rodean ó á las circunstancias; á ningún hombre sincero se le ocurre negar que la última causa del mal está en nosotros mismos. Trataremos de esto más adelante.

No obstante eso, sería un error afirmar que la causa de todo pecado se encuentre sola y únicamente en nosotros. Verdad es que Séneca y otros lo afirman, como hemos visto en lo que precede, pero irrogan perjuicio al hombre y contradicen la experiencia. Séneca mismo se ve obligado á confesar que hay en nosotros una contradicción profunda; una cosa es lo que queremos y otra lo que hacemos; obramos de diferente modo que pensamos. (6) Eurípides emplea

(1) Agustín, *Civ. Dei*, 19, 27; 22, 23.

(2) Agustín, *Contra duas epist. Pelag.*, 1, 14, 28. *De gestis Pelag.*, 11, 26. *De natura et gratia*, 38, 45.

(3) Prov. XXIV, 16.

(4) Platón, *Protágoras*, 31, p. 345; Jenofonte, *Memorabil.*, 1, 2, 20.

(5) I Joan, I, 8.—Agust., *De natura et gratia*, 34, 38.

(6) Séneca, *Ira*, 2, 2, 8.



el mismo lenguaje. <sup>(1)</sup> Lo mismo dice Ovidio en el pasaje tan conocido: «Veo qué es lo mejor, y lo apruebo, y practico el mal». <sup>(2)</sup>

Y así es. Cualquiera que sea verídico y sincero no negará que tiene la culpa cuando hace el mal, porque si no lo hubiese querido y permitido, no lo habría cometido ciertamente. Sin embargo, tiene el derecho de afirmar que ese mal no procede únicamente de su mala voluntad; su inteligencia lo desaprobó, pero desgraciadamente se ha complacido en ello su corazón. La voluntad habría obedecido fácilmente á las luces del entendimiento, pero resistió demasiado poco á la tendencia que le arrastraba hacia el mal, hacia lo feo, hacia lo bajo, tendencia que sentía agitarse en sí y que acabó por captarla.

De este origen procede el mayor número de pecados. Á despecho de su buena voluntad y de su circunspección, no obstante sus esfuerzos, el hombre siente en sí muchas cosas que desearía no supiese nadie, y de las que querría ahorrar-se la vergüenza á sí mismo. <sup>(3)</sup> Hasta un hombre como San Pablo hace esta confesión: No sé lo que hago; no hago lo que quiero, y hago lo que aborrezco. Pero si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, es el pecado que habita en mí. Encuentro, pues, en mí esta ley; cuando quiero hacer el bien, está el mal cerca de mí. <sup>(4)</sup>

Esta corrupción que hay en nosotros se llama concupiscencia. La carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, dice la Escritura, y el espíritu los tiene contrarios á los de la carne; son opuestos el uno á la otra de tal suerte que no hacéis lo que querríais. <sup>(5)</sup>

¿Podría haber en la tierra un hombre que no conociese esta contradicción interior entre la parte inferior y la parte elevada de nuestra naturaleza? ¿Podría haber alguien que, en esta última, no experimentase la lucha entre la ca-

(1) Eurípides, *Hippolyt.*, 380 y sig.

(2) Ovid., *Metamorph.*, 7, 20, 21.

(3) Gregor. Magn., *Moral.*, 11, 70.

(4) Rom., VII, 16 y sig.

(5) Gal., V, 17.

beza y el corazón, entre la convicción y la voluntad, entre el designio y la ejecución? No, excepto Nuestro Señor y su Santa Madre, esa persona jamás existió ni existirá nunca. Hay desgraciados que aman esa lucha en sí, que la favorecen, que deliberadamente la provocan, y que no conocen mayor placer que hacerse esclavos de la concupiscencia; pero nadie deja de conocer esta rebelión de la naturaleza.

La humanidad contó siempre muchas de estas almas serviles, lo que prueba cuan profunda es su caída. Una de estas almas fué Juliano de Eclana, el panegirista entusiasta de la concupiscencia, que no se cansa de alabar como buena y agradable, como un verdadero beneficio para los hombres, como un presente del Creador. <sup>(1)</sup> Una de estas almas fué Lessing, que no se avergüenza de hacer la defensa de los vergonzosos alborotos de la sensualidad como necesidad de la naturaleza. <sup>(2)</sup> Una de estas almas fué Strauss que, sin ningún pudor, censura al Redentor por haber marcado, á los ojos de la humanidad moderna, con signo de ignominia los sentimientos naturales más autorizados—y todos comprenderán lo que con esto quiere decir—á los cuales toda la antigüedad concedía paladinamente derecho. <sup>(3)</sup>

Y sin embargo, son hombres serios los que emplean ese lenguaje; son filósofos, sabios, fundadores de escuela como Schopenhauer <sup>(4)</sup> y Mailänder <sup>(5)</sup> atreviéndose á decir que la única cosa que presta interés é importancia á la vida es la obediencia á las exigencias de la sensualidad. Abstenerse de gozar, es no querer vivir; ser casto, es amar la muerte.

Si esos hombres hablan así, no podemos censurar la literatura ligera, cuando rinda homenaje al principio de que

(1) Agustín, *De nuptiis et concupiscentia*, 2, 9, 21; 10, 23; 12, 15. De Rubeis, *De peccato orig.*, 48, 1.

(2) Lessing, 26 oct., 1774, 11, 411.

(3) Strauss, *Der alte und der neue Glaube*, 253.

(4) Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, I, (3) 390, 449.

(5) Mailänder, *Philosophie der Erlösung*, 216, 532, 534 y sig.



querer dar leyes á la sensualidad es sembrar sal en el sendero de la vida; que su único fin es, para hablar como Zola y Brandes, elevar lo que hay de animal en el hombre, descadenarle y dejarle correr libremente. Muchos envidian á los animales por sus desórdenes, y exclaman con Guarini llenos de dolor porque no pueden hacer como ellos: «¡Qué felices sois, animales salvajes! La naturaleza, la amable naturaleza, no os dió más leyes que las del amor. Qué inhumana eres, ¡oh ley de los hombres, al castigar de muerte el tierno amor!»<sup>(1)</sup>

Estos sentimientos bajos y serviles son evidentemente triste prueba de que un retroceso á la naturaleza salvaje, casi animal, ha echado raíces en nuestra naturaleza; hecho probado por modo más convincente cuando vemos á los más nobles espíritus experimentar también esa contradicción interior, aún aspirando, mediante los mayores sacrificios á la pureza de corazón, y que no pueden pensar sin avergonzarse en lo que pasa en ellos. Pero si los mejores sienten esa rebelión de la naturaleza contra el espíritu, y si, á pesar de una lucha constante, no llegan jamás á estar seguros de ella, es inútil recurrir á otros testimonios para darse cuenta de que esta corrupción no puede venir exclusivamente de la voluntad del individuo, sino que debe de estar en la naturaleza misma.

Las porfiadas luchas de los Santos contra la sensualidad nos suministran ejemplos notables. San Pablo mismo no podía acallar ese incentivo, que sentía en sí, con las lágrimas, la oración, las obras de penitencia, el trabajo manual que, después de las fatigas apostólicas del día, le servía como descanso en la noche.<sup>(2)</sup> San Agustín confiesa que sus blancos cabellos no le ponían enteramente al abrigo de los impulsos de la sensualidad,<sup>(3)</sup> y no le hacían insensible á lo que halagaba el sentido del gusto.<sup>(4)</sup> ¡Cuán-

(1) Guarini, *Pastor fido*, 3, 4.

(2) II Cor., XII, 7, 9.

(3) Agustín, *Sermo*, 128, 11; *Confess.*, 10, 30, 41.

(4) Agustín, *Confess.*, 10, 31, 43.

tos hombres llenos de santa gravedad y de una austeridad rígida para consigo mismos hacen igual confesión con el rubor en la frente!<sup>(1)</sup>

Y no es solamente en la parte inferior de nuestra naturaleza; también en la parte espiritual se dejan sentir esos movimientos que ningún hombre digno puede experimentar sin profunda aflicción. ¿Quién podría pretender que no ha tenido jamás lucha con el deseo de ser conocido y honrado, con la tendencia á la curiosidad y á querer que predomine siempre su sentir, con la inclinación á eclipsar al prójimo, con la vanidad, la cólera, la envidia, la susceptibilidad? ¿Hay alguien que pueda decir no sentirse aludido cuando declaramos que los movimientos vergonzosos previenen la vigilancia de cada uno de nosotros preparándole, mediante la más tenaz oposición, temibles tempestades, no dejándole la victoria sino á costa de los mayores sacrificios, y haciéndole en muchas ocasiones sentir su debilidad? ¿Quién se ha observado tan poco para dejar de advertir que este enemigo no está jamás en reposo, ni aún cuando parece dormir, pero espiando la primera ocasión de hacer una nueva salida?

Como los estoicos, procura Lamartine convencernos de que él no ha experimentado ninguna de nuestras diarias miserias; y esos héroes brutales de la religión del hombre honrado, predicando sin cesar que la oración y la fe importan poco si se vive honradamente, se sentirían tal vez tentados de afirmar lo mismo de sí para procurarse con ello un título de gloria. Difícil sería encontrar la palabra propia por contestar á tales afirmaciones; no podemos acusar de falta de sinceridad á hombres que hablan así; canonizados en vida sería una irrisión. No queda más recurso que negarles el derecho de hablar en esta cuestión; pues quien no tenga en sí la naturaleza común á todos los hombres, no tiene tampoco derecho á decir su opinión en cosas concernientes á todos los hombres en general.

(1) Tertullian., *De anima*, 47; Cassian., *Collat.*, 4, 15, 12, 7, 8; *Instit. monach.*, 6, 10, 11, 20, 23.